

LA EVANGELIZACION DEL MUNDO DE HOY EN AMERICA LATINA

INTRODUCCION

1. Cristo el Señor, ungido por el Espíritu y enviado por el Padre, vino a dar testimonio de la verdad, a salvar y no a condenar, a servir y no a ser servido (G. S. 3). Su misión esencial ha sido ésta: anunciar la Buena Nueva a los pobres y la liberación a los oprimidos (Luc. 4, 18).

Es *“la Palabra de la Salvación”* (Act. 13, 26) que el Espíritu Santo engendró en María cuando los tiempos llegaron a su plenitud (Gal. 4, 4), para que los esclavos fuéramos *“liberados del poder de las tinieblas y trasladados al Reino del Hijo de su amor”* (Col. 1, 13) y en El, por el Espíritu, quedáramos transformados en *“el hombre nuevo”* (Ef. 2, 15; 4, 24; Col. 3, 10): hijo de Dios, hermano de los hombres, señor de las cosas y sujeto activo de la historia.

Con la palabra y con los hechos, con su muerte y su resurrección, Cristo anunció la llegada del Reino, llamó a la conversión y a la fe, realizó la salvación. *“El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca: convertíos y creed en la Buena Noticia”* (Mc. 1, 15).

La Iglesia —*“Sacramento universal de salvación”*— continúa hoy la misión evangelizadora de Jesús. Por eso ella es el Sacramento —signo e instrumento— de la presencia salvadora del Cristo de la Pascua.

2. Cuando se habla de Evangelización se habla de la naturaleza y la misión de la Iglesia: anunciar la presencia de Jesús, el Salvador del mundo, proclamar desde la potencia del Espíritu la fuerza transformadora del Reino, llamar a la conversión e invitar a la adhesión práctica de la fe, conducir a todos a la salvación.

Por eso la Evangelización —fruto del Espíritu Santo por la diaconía de la Iglesia— es obra de todo el Pueblo de Dios y comprende la totalidad de su actividad: Palabra, Testimonio y Sacramento.

Su fruto es la conversión; su término es la salvación integral o liberación plena en Cristo.

3. La primera *“experiencia”* en América Latina, continente fundamentalmente cristiano, es la experiencia de la presencia de Dios y de la acción recreadora del Espíritu Santo. En el *“hoy”* de América Latina —tenso y convulsio-

nado se da una manifestación del Señor que llama al cambio y a la comunión. Es la Buena Nueva de la conversión y la fraternidad.

América Latina es una y múltiple. En la unidad de la lengua y de la fe se da "*la manifestación del Espíritu para el provecho común*" (I Cor. 12, 7).

Pero en la variada riqueza de las distintas Iglesias Particulares el Espíritu Santo descubre y realiza la fisonomía propia y la vocación específica de la Iglesia en América Latina: "*Iglesia auténticamente pobre, misionera y pascual, desligada de todo poder temporal y audazmente comprometida en la liberación de todo el hombre y de todos los hombres*" (Med. 5, 15a).

En esta fisonomía de nuestra Iglesia hay tres aspectos importantes —como tres exigencias del Espíritu— que se relacionan esencialmente con la Evangelización: la contemplación, la pobreza y la esperanza.

La contemplación como penetración sabrosa en la Palabra de Dios y como lectura salvífica de los signos de los tiempos. La Evangelización es comunicación de la Palabra de Vida que hemos visto y oído y que anunciamos a los hombres para que tengan comunión con el Padre y el Hijo en el Espíritu (I J. 1, 4-4). Sólo así nuestra Iglesia de la Profecía y del Servicio se hace comunión gozosa de salvación.

La pobreza como signo de una comunidad evangelizadora y como actitud fundamental para recibir la Palabra. Es además el signo mesiánico de la presencia salvadora de Jesús en la historia (Luc. 7, 22).

Pero lo típico de nuestra Iglesia Pascual es el testimonio de una Iglesia que vive y anuncia la esperanza: apoyada en la inquebrantable firmeza del Espíritu y activamente comprometida con la historia, la Iglesia en América Latina proclama la seguridad y la actividad creadora de la esperanza cristiana.

En la medida en que la Iglesia —fuertemente invadida por el Espíritu— se haga testimonio de pobreza, de caridad y de esperanza, será verdaderamente transmisora de un Mensaje de conversión y de una Presencia de salvación.

4. América Latina está viviendo "*la hora de Dios*": hora de gracia y de responsabilidad. Pablo VI —en su visita a América Latina en 1968— la definió como "*un nuevo período de la vida eclesial*" (24-VIII-68), precisamente en orden a la evangelización que inicia ahora su "*momento decisivo*".

Porque el pasado "*misionero y pastoral*" fue valiosísimo: abrió los surcos del Evangelio. Pero ahora nuestros pueblos "*proyectados hacia su desarrollo completo y agitados por la conciencia de sus desequilibrios económicos, sociales, políticos y morales*" plantean a la Evangelización un nuevo desafío.

Se trata de una nueva etapa en la Evangelización.

Partimos de la primera Evangelización realizada por los misioneros del Siglo XVI con la herencia profundamente religiosa y popular de España y Portugal. Esa primera Evangelización, tributaria del Concilio de Trento, estuvo centrada en los misterios de Cristo y de María. América Latina fue así profundamente eucarística y mariana.

Pero, al mismo tiempo, hubo una clara defensa de los valores humanos (libertad, justicia, derechos del indio y del esclavo), una particular insistencia en la humanidad común, en la igualdad fundamental ante Dios, en el papel unificador del Evangelio.

5. La situación concreta que vive hoy el Continente abre nuevas perspectivas y responsabilidades en la Evangelización: en el contenido del Mensaje, en la fuerza del testimonio, en la expresividad concreta del lenguaje, en la celebración litúrgica y en el compromiso de la fe.

Desde la profundidad de la fe la Iglesia en América Latina intenta descubrir al mundo latinoamericano que vive:

- en el subdesarrollo, la marginación y la dependencia injusta;
- con aspiraciones legítimas a la liberación, a la paz, a la justicia, a la solidaridad, a la comunión fraterna;
- en explosiva tentación de violencia.

Pero en este contexto histórico la Iglesia en América Latina busca ser la salvadora presencia del Cristo de la Pascua.

6. En orden a la Evangelización América Latina ha sido providencialmente marcada por un *"acontecimiento salvífico"*: la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano reunida en Medellín en 1968.

La Iglesia en América Latina inaugura allí, bajo una particular efusión del Espíritu Santo, *"y por una convergencia de circunstancias proféticas"*, un *"nuevo período de su vida eclesial"* (Pablo VI).

Ante la situación nueva del Continente la Iglesia en América Latina experimentó la urgencia del Espíritu que la impulsó a un estado de *"conversión y de servicio"*. Quedó fuertemente sellada con esta doble fidelidad: a la Palabra de Dios y a las aspiraciones legítimas de los pueblos.

La Evangelización, centro de la misión de la Iglesia, es obra del Espíritu. Hoy obra profundamente en la Iglesia, para la salvación integral del Continente, el Espíritu de Pentecostés: Espíritu de interioridad, de profecía y de comunión.

Anotemos sintéticamente cinco puntos, entre muchos, que nos parecen característicos y fundamentales.

I. - RELIGIOSIDAD POPULAR

7. América Latina vive en gran parte de una tradición cristiana profunda que impregna la existencia de los individuos, el contexto social y la misma historia de los pueblos. Es como *"la experiencia"* simple de Dios y de la fe en el pueblo. Se habla así del *"alma religiosa"* de nuestros pueblos.

Es el primer aspecto que debe ser tenido en cuenta; semilla de Dios, fruto de la acción evangelizadora de las Iglesias de España y Portugal en el Siglo XVI, herencia de su riqueza doctrinal y espiritual, principio o invitación de una nueva evangelización más honda y comprometida.

La Religiosidad Popular es el modo cómo el cristianismo —en un conjunto de convicciones y prácticas religiosas— se ha encarnado en las distintas culturas y grupos étnicos y es profundamente vivido por el pueblo.

Hay ciertas actitudes del pueblo (bondad, solidaridad, sentido de justicia) que manifiestan una presencia de Dios y abren el camino para la comunión gozosa con Cristo. Son *"semillas del Verbo"* (A. G. 11) que es preciso explicitar y desarrollar.

La Religiosidad Popular es un punto de partida para una nueva evangelización: hay elementos válidos de una fe auténtica que busca ser purificada, interiorizada, madurada y comprometida.

Se manifiesta en un sentido especial de Dios y su Providencia, en la particular asistencia y protección de María Santísima y los Santos, en una actitud fundamental frente a la vida y a la muerte. De allí las devociones populares: novenas, procesiones, peregrinaciones y promesas. De allí las celebraciones de Bautismos, primeras Comuniones, funerales. Tiene un carácter marcadamente ritualista y sacramentalista, con frecuencia lamentablemente separado de la vida cotidiana.

8. En las grandes ciudades quizás la secularización intenta quitar fuerza expresiva a esta Religiosidad Popular. Sin embargo, sigue siendo una fuerza viva y operante en el corazón del pueblo. La "secularización" se presenta en América Latina con características propias, distintas de otros Continentes. Crece la indiferencia religiosa y el fenómeno de la no-creencia. Pero la secularización no llega a romper el fondo de la unidad e identidad cristiana del Continente.

Incluso hay algo positivo en este proceso de secularización: la exigencia de una fe más libre y personal, más madura y comprometida, más ligada al sentido del testimonio y a la lucha por la justicia.

Por eso la Iglesia en América Latina siente más hondamente su responsabilidad frente a la secularización: intensificar su fidelidad a la misión evangelizadora.

9. Quizás lo más importante hoy, con respecto a esta Religiosidad Popular y en orden a una nueva etapa de evangelización, sea lo siguiente:

a) purificar la fe de elementos sincretistas o de superstición, mitos y ritos distantes de la verdadera fe cristiana;

b) aprovechar estos gérmenes de fe auténtica para ahondar en la Persona de Cristo y en el Misterio Pascual de su Iglesia;

c) comunicar a esta Religiosidad Popular una fuerza misionera, un dinamismo de fermento, a fin de que la Fe se comprometa con la vida y se quite así el dualismo entre Fe y vida (G. S. 43) o la pasividad y resignación.

10. Hay dos aspectos de esta Religiosidad Popular que conviene todavía subrayar:

a) forma parte de la unidad del pueblo (es una "fuerza unitiva"), lo cual es un signo de la presencia del Señor;

b) nos ha llegado a través de una primera evangelización particularmente centrada en el Misterio de Cristo crucificado. Quizás esto esté providencialmente conectado con un Continente que sufre duramente pero en esperanza su pasión. Quedó en parte oscurecido el aspecto pascual. Sin embargo, esta dimensión de Pascua nos ha llegado por el lado de María (muy especialmente en la meditación y rezo de los Misterios de su Rosario).

En María el pueblo se siente interpretado y asumido. Por eso en América Latina la devoción a María es un modo de la conservación de la fe y un principio de más profunda evangelización. América Latina es un Continente esencialmente mariano.

II. - ASPIRACIONES A LA LIBERACION

11. La Evangelización dice relación directa a la promoción humana y liberación plena de los pueblos. Sin que ello signifique la identificación entre el Reino de Dios y el desarrollo humano. Es la dimensión histórica de la Palabra de Dios, la exigencia concreta de la fe cristiana, la respuesta a las aspiraciones de salvación integral de los hombres y los pueblos. La proclamación auténtica del Evangelio - anuncio explícito del Reino y de Jesucristo el Salvador— es un llamado esencial a la conversión personal y social. Son dos aspectos íntimamente relacionados de la salvación: liberación del pecado y formación del hombre nuevo en Cristo.

El Evangelio tiene una fuerza dinámica de transformación en la historia. *"La misión de predicar el evangelio en el tiempo presente requiere que nos empeñemos en la liberación integral del hombre ya desde ahora, en su existencia terrena. En efecto, si el mensaje cristiano sobre el amor y la justicia no manifiesta su eficacia en la acción por la justicia en el mundo, muy difícilmente obtendrá credibilidad entre los hombres de nuestro tiempo"* (Sínodo 71).

El acento puesto en la dimensión histórica del Evangelio —del compromiso práctico de la fe— ha hecho que el anuncio de la Buena Nueva adquiriera un sentido más concreto y encarnado. Se desarrollan los valores fundamentales evangélicos de la libertad, la justicia, el amor y la paz.

12. Es un aspecto particularmente significativo entre nosotros. Bíblicamente el Anuncio de la Buena Nueva a los pobres va unido a la proclamación de la liberación a los oprimidos (Luc. 4, 18).

La salvación se expresa, entre nosotros, con frecuencia en términos de liberación. Lo cual está unido intrínsecamente al misterio de la Pascua, a la tarea esencialmente religiosa de la Iglesia: liberar al hombre *"de la ley del pecado y de la muerte"* (Rom. 8, 2; Gal. 5, 1).

La Iglesia en América Latina intenta penetrar, bajo la acción del Espíritu Santo, en dos realidades:

a) la Palabra de Dios y la Persona de Jesús, el Salvador y Señor de la historia;

b) la realidad global del Continente (situación socio-económica, política, cultural y religiosa).

Hay en la Iglesia en América Latina la conciencia cada vez más clara de que el Evangelio tiene que ser una respuesta concreta a las aspiraciones legítimas de los hombres y pueblos. Por eso es urgente su asimilación interior por la contemplación y su proclamación total por la palabra y el testimonio en comunión de Iglesia.

13. Pero cuando hablamos de *"liberación"* entendemos lo siguiente:

a) la acción específicamente religiosa de Cristo y de la Iglesia —concreta en el Misterio de la Pascua— que tiende a sacar al hombre del pecado y de toda servidumbre derivada de él, y a crear condiciones tales que hagan posible *"la creación"* por el Espíritu;

b) el término de la liberación es la formación del "*hombre nuevo*" (Ef. 2, 15; 4, 24; Col. 3, 10) creado en Cristo Jesús por el Espíritu en justicia y santidad verdadera. Lo cual es fruto de la acción recreadora del Espíritu Santo (J. 3, 5).

Se dan, sin embargo, también en América Latina los riesgos de una superficial identificación entre evangelización y promoción humana (G. S. 39), reduciendo la liberación al ámbito de lo puramente socio-económico y político (forma de ateísmo denunciada por el Concilio G.S. 20) o encerrándola en los límites del tiempo (G.S. 10). Existe un vaciamiento de lo específico del Mensaje Evangélico, de lo auténticamente original del cristianismo. "*Se quiere secularizar el cristianismo*" nos decía Pablo VI a los Obispos Latinoamericanos en 1968, en Bogotá.

También fácilmente se acude a la violencia con lo cual se desvirtúa el proceso cristiano de la liberación y se niega la fecundidad del Evangelio.

Por eso es urgente subrayar la tarea intrínsecamente liberadora de Cristo por la acción recreadora del Espíritu Santo.

III. - LA JUVENTUD

14. Es un aspecto singular y específico en la tarea evangelizadora de América Latina. No sólo porque el continente latinoamericano es en su mayoría joven, sino por la fuerza de participación y construcción que significa hoy la juventud entre nosotros.

Por eso interesa de un modo particular centrar en los jóvenes —también, por lo mismo, en la familia— el trabajo pastoral de la Evangelización. El problema se plantea de dos modos:

- los jóvenes como objeto de evangelización y receptivos de la fe, de Jesucristo, de la Iglesia;

- y los jóvenes como agentes comprometidos en la evangelización, particularmente entre los mismos jóvenes.

Se ha intensificado la Pastoral Juvenil, multiplicándose los grupos y movimientos juveniles, de distinto nivel de compromiso en su fe: grupos más preocupados por los problemas de la justicia y grupos más directamente interesados en la conversión personal y el crecimiento en Cristo. Ambas perspectivas, sin embargo, bien coordinadas se complementan en una auténtica Pastoral de Evangelización.

De hecho este trabajo pastoral con los jóvenes va produciendo ya tres frutos positivos en orden a la Evangelización:

- los mismos jóvenes comprenden que la madurez de su fe exige un compromiso cotidiano con la vida;

- hacen tomar conciencia a los adultos de una fe más profunda y de una opción más libre y comprometida;

- se van despertando nuevamente vocaciones sacerdotales y religiosas.

15. Sobre nuestra juventud actual en América Latina podríamos anotar lo siguiente:

a) hay un anhelo de interioridad, de reflexión, de oración, de contemplación. Una vuelta a los valores fundamentales del Evangelio y una búsqueda de la autenticidad de la fe y de su compromiso con la vida.

De aquí surge en los jóvenes el deseo de una Iglesia que refleje verdaderamente el rostro de Cristo y la búsqueda de una comunidad cristiana que viva en la oración, en la pobreza y en la caridad.

Pero aquí se da también para la juventud de América Latina el gran desafío: la adhesión entusiasta a Cristo y su Evangelio coincide lamentablemente a veces con un rechazo o desconfianza (al menos, indiferencia o ignorancia) de la Iglesia Institución.

Entre Estudiantes y Profesionales se nota un fuerte abandono de las prácticas religiosas. Se da con frecuencia una crisis de fe al tratar de asumir seriamente el compromiso que la fe comporta;

b) se advierte positivamente en los jóvenes de hoy una particular sensibilidad por los problemas de la justicia en el mundo, un compromiso cristiano con la historia, una apertura a la Palabra de Dios desde lo existencial del hombre;

c) se nota además un deseo de participar activamente en la vida y la pastoral de la Iglesia. Ello surge como fruto del descubrimiento del Misterio de la Iglesia, Pueblo de Dios, y como conciencia de su fuerza participativa.

Pero se da el fácil riesgo de perder la dimensión eclesial de la totalidad y diversificación de carismas y ministerios en la Iglesia.

16. Por eso anotamos también los riesgos que con frecuencia se dan en nuestra juventud en orden a la Evangelización:

a) una superficial politización de la fe. Entra en crisis la fe —se la identifica superficialmente con la política— al descubrir la dimensión histórica del Mensaje Evangélico y el compromiso de la fe con la vida. Pierde fuerza la originalidad del Evangelio y el verdadero testimonio de la santidad en la Iglesia. Valores esenciales de oración y cruz se sustituyen por la lucha por la justicia, la política y hasta la violencia.

La Evangelización debe tocar la totalidad del hombre y de los pueblos: es la dimensión integral de la salvación de la Buena Nueva de Jesús. Pero la Iglesia no debe ser "politizada", ni "instrumentalizada" al servicio de una determinada ideología política, mucho menos de una ideología extraña a la fe;

b) se advierte en nuestra juventud latinoamericana un fácil entusiasmo por el socialismo marxista y un fuerte influjo, a diversos niveles de pensamiento y acción, de la ideología marxista. El marxismo es acogido con frecuencia por la juventud como la gran esperanza para superar toda dependencia y construir una sociedad más justa;

c) de aquí surge una fácil tentación de violencia como único camino para transformar las estructuras. Hay una pérdida de la virtud cristiana de la esperanza, una falta de confianza en la fuerza transformadora del Evangelio (en especial de la validez del Sermón de la Montaña y de las Bienaventuranzas Evangélicas).

17. Con el problema de la juventud va íntimamente ligado el interés pastoral de la Iglesia en América Latina por la educación. Se buscan nuevos caminos pa-

ra la formación integral de los jóvenes en una perfecta fidelidad a las exigencias de Cristo y a las expectativas de los hombres.

Sin abandonar los Colegios y Universidades propias —antes al contrario, esforzándose por renovarlos en el Espíritu de Dios de acuerdo a los tiempos nuevos— la Iglesia en América Latina busca hacerse presente en todos los niveles y medios de educación y formación del hombre nuevo.

Cuando se habla de “*educación liberadora*” se entiende, ante todo, aquélla que convierte al educando en sujeto activo de su desarrollo integral, capaz de asumir concientemente su vocación divina, madurar en su fe y convertirse así en auténtico servidor de sus hermanos (cfr. Med. 4, 8).

Hay un aspecto aquí que conviene simplemente subrayar: el papel fundamental de las comunidades educativas.

IV. — COMUNIDADES DE BASE

18. Es una de las aspiraciones en el trabajo evangelizador y la acción pastoral de nuestra Iglesia. La Segunda Conferencia General del Episcopado alentó su creación. “*La comunidad cristiana de base es así el primero y fundamental núcleo eclesial que debe, en su propio nivel, responsabilizarse de la riqueza y expansión de la fe, como también del culto que es su expresión. Ella es, pues, célula inicial de estructuración eclesial, y foco de la evangelización, y actualmente factor primordial de promoción humana y desarrollo*” (Med. 15, 10).

No podemos, sin embargo, afirmar que la Comunidad de Base es ya una realidad generalizada y perfecta. Hay un intento de creación de pequeñas comunidades cristianas. Surgen como necesidad de realizar y expresar la Iglesia “*comunión*” en un ámbito experimentable: mayor conciencia de la realidad, más profunda penetración en la Palabra de Dios, más sentido de familia. Es como la concreta y cercana comunidad de fe, esperanza, amor y culto que expresa la Iglesia como “*familia de Dios*”. Al modo de la primitiva comunidad cristiana reunida en la enseñanza de los Apóstoles, en la fracción del pan y en el servicio a los hermanos (Act. 2, 42).

Es preciso comprender el sentido de una comunidad de base entre nosotros; intenta ser una auténtica expresión de Iglesia, una verdadera “*communio*”: congregada en Jesús por el Espíritu Santo, convocada por la Palabra, alimentada por la Eucaristía, coordinada por los Pastores y autenticada por ellos como comunidad de salvación.

19. Una verdadera Comunidad de Base supone fundamentalmente lo siguiente:

a) un grupo homogéneo que desea experimentar la presencia del Señor en la comunión fraterna y que busca reflexionar sobre los mismos hechos de vida a la luz del Evangelio;

b) esencialmente está centrada en la Palabra de Dios que tiende normalmente a su culminación en la Eucaristía (Med. 6, 13); una Comunidad Eclesial de Base se nutre del “*Pan de vida que ofrece la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo*” (D. V. 21).

c) grupo vitalizador de la Comunidad Parroquial y abierto a las necesidades y exigencias de la Iglesia local o particular; la Parroquia, a su vez, es *"un conjunto pastoral vivificador y unificador de las Comunidades de Base"* (Med. 5, 13).

d) por lo mismo en íntima comunión con los Pastores de la Iglesia y los restantes miembros del Pueblo de Dios. Una de las características fundamentales de nuestras Comunidades de Base es su sentido de comunión jerárquica.

20. Desde el punto de vista de la Evangelización estas Comunidades Eclesiales de Base tienden a profundizar la fe, a comunicarla y a comprometerla en la vida. Tienen una dimensión esencialmente misionera y se organizan al servicio de la comunión y liberación integral del Pueblo Latinoamericano.

La fe crece y madura —a veces, también, nace— en el interior de estas Comunidades. Y se vuelven *"signo de la presencia del Señor"* (A.G. 15): por su vida de oración, por su espíritu de pobreza y por su alegría en el servicio. Tienen a ser Comunidades profundas en la oración, fraternas en la caridad, generosas en la misión.

V. — NUEVOS MINISTERIOS

21. Es una forma de expresar y vivir la diaconía de la Iglesia. Diaconía de la Fe, de la Palabra, de la Eucaristía, de la Educación y de la Caridad. Toda la Iglesia se manifiesta al mundo como servidora de la humanidad en la totalidad de esta diaconía. La Iglesia es el Sacramento de Cristo, el Servidor de lavé, que vino al mundo *"no para ser servido sino para servir y dar la vida como rescate por muchos"* (Mt. 20, 28).

Desde el principio la Iglesia descubrió y vivió la exigencia de esta diaconía. Así surgieron los *"ministros de la Caridad"* (Act. 6, 1—6) para que los Apóstoles pudieran atender mejor *"a la oración y al ministerio de la Palabra"*. Así se multiplicaron en la Iglesia primitiva, junto al ministerio apostólico, los diversos servicios de hombres y mujeres señalados por el Espíritu Santo con diversos carismas y llamados a funciones diversas en la misma tarea de evangelización.

Pero hoy en América Latina el Espíritu Santo nos impulsa a la búsqueda de ministerios nuevos. Por varios motivos:

a) una mayor profundización en el Misterio de la Iglesia que descubre en ella el pluralismo de carismas y funciones diferentes (I Cor. 12, 4—11). Es la riqueza diversificada de la diaconía de la Iglesia en el interior del mundo; es el llamado de los laicos a una participación eclesial más viva y comprometida;

b) la escasez de sacerdotes en extensiones inmensas y con falta de comunión. Afortunadamente hoy se nota un relativo crecimiento en vocaciones al ministerio sacerdotal y a la consagración religiosa, sobre todo por el trabajo con grupos juveniles. Pero es urgente multiplicar los agentes de evangelización, sobre todo entre los mismos laicos comprometidos desde la fe en su irremplazable misión de Iglesia en el mundo;

c) la constitución de Comunidades de Base exige la presencia de ministros de la Palabra y de la Eucaristía. Una Comunidad de Base normalmente exige su ministro entresacado de ella misma para su servicio.

22. En América Latina se está estudiando la Teología y Espiritualidad de los Ministerios en la Iglesia. Se van buscando las formas nuevas exigidas por los tiempos y queridas por el Espíritu. Hasta el presente, apenas se va iniciando con los Diáconos permanentes (pese al entusiasmo primero suscitado por el Concilio, no han surgido todavía los ministros que se esperaban).

Van surgiendo, en distintas partes, anunciadores de la fe, animadores de la comunidad, Catequistas, Delegados de la Palabra, coordinadores de grupos de reflexión o jefes de comunidad. En algunas Conferencias Episcopales se piensa en un clero autóctono —surgido de las mismas pequeñas comunidades— y con una formación y estilo de vida adecuado.

Los nuevos ministerios nos darían una imagen de Iglesia menos exclusivamente centrada en el "clérigo", más múltiple y diversificada. Sobre todo en relación a la participación de los laicos en la misión. Hay experiencias notables de laicos profundamente sumergidos en la vida y comprometidos con la realidad histórica, y al mismo tiempo interesados en ahondar la Palabra de Dios y comunicar la fe.

23. Habría que subrayar finalmente tres cosas:

a) el "*servicio eclesial*" de la mujer en la Iglesia. Viene cumpliendo una función valiosísima e irremplazable en la tarea evangelizadora: como transmisora y educadora de la fe.

De un modo especial hay que valorar, en orden a la evangelización, la presencia y actividad de la mujer consagrada. El carisma de la religiosa es ya un anuncio del Reino, de lo absoluto de Dios, de la radicalidad del Evangelio. Hay tareas evangelizadoras que las almas consagradas —hombre y mujer— van realizando con sentido eclesial: catequesis, distribución de la Eucaristía, dirección de Parroquias;

b) el papel de la familia "*pequeña iglesia*": como formadora de personas, educadora en la fe y promotora del desarrollo (Med. 3, 4-7). Es problema capital en América Latina y en la misión de Evangelización. "*Hacer que la familia sea verdaderamente "iglesia doméstica": comunidad de fe, de oración, de amor, de acción evangelizadora, escuela de catequesis*" (Med. 3, 19).

Los padres son "*testigos de la fe*" y "*los primeros predicadores de sus hijos*". La pastoral familiar aparece como prioridad en la tarea evangelizadora;

c) la presencia de los "*misioneros*" que vienen del exterior:

— América Latina los necesita para su función evangelizadora; lo urge, sobre todo, el sentido de comunión y misión de la Iglesia;

— pero su tarea es ayudar a descubrir y realizar la fisonomía propia y la vocación específica de la Iglesia en América Latina;

— lo cual supone un hondo sentido de comunión eclesial, selección del personal, preparación adecuada y adaptación al tiempo y al lugar.

CONCLUSION

América Latina vive y ofrece su "*experiencia*". La primera de todas: la acción profunda y recreadora del Espíritu Santo en ella. Como en María, el Espíritu engendra en ella la fe que es respuesta a la Palabra de Dios (Luc. 1, 38)

y prontitud para el servicio a los hermanos (Luc. 1, 39). La Virgen de la Encarnación y la Virgen de la Visitación —Fiat, Magnificat— señala su camino de salvación.

Lo que hoy importa en América Latina es su gozosa fidelidad al plan de Dios: recibir la Palabra y realizarla (Luc. 11, 27).

Hay mucha pobreza en América Latina. Pero hay mucha presencia del Señor. Hay manifestaciones de cansancio y desaliento, pero hay fundamentalmente un mensaje de esperanza. Hay tentaciones de violencia, pero hay una fuerte invitación a la justicia y al amor. Por eso repetimos las palabras del Señor: *"Levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra liberación"* (Luc. 21, 28).

América Latina ha sido evangelizada bajo el signo de María y en la fecundidad de la cruz de Cristo. Se inicia una etapa nueva: está marcada por la Pascua de Jesús, que es muerte y resurrección, cruz y esperanza.

Nuestro anuncio es el siguiente: Cristo vive en el interior de la Iglesia como su Sacramento, en el corazón de la historia como su Señor, en el rostro de cada hombre como su hermano.

Evangelizar es anunciar al mundo que Jesús está en medio de nosotros y nos salva.

Por eso América Latina, desde su pobreza, grita fuertemente su esperanza: *"El pueblo que caminaba en las tinieblas ha visto una luz muy intensa. Sobre los que vivían en tierra de sombras, brilló una luz"* (Is. 9, 1).

Esa Luz es Cristo *"el Salvador del mundo"* (J. 4, 42). Brilló para nosotros en Belén y la encendió María nuestra Madre.

EDUARDO F. PIRONIO